

que se le había arrancado. Disponíase ya, en consecuencia, la Asamblea á proclamar solemnemente la incompetencia del concilio, cuando el presidente levantó la sesion. Informado Napoleon de lo que estaba pasando, suspendió la Asamblea, y mandó encerrar en la torre del castillo de Vincennes á los obispos de Troyes, de Tournay y de Gante, que habian sostenido la incompetencia del concilio en el seno de la comision. En el primer momento de su mal humor y viendo fracasar sus proyectos, exclamó: «Pasé por un abismo sin apercibirlo; la mayor falta que jamás he cometido ha sido el Concordato.»

Sin embargo, antes de reunir de nuevo el concilio, quiso el Emperador asegurarse de las disposiciones de sus miembros. El ministro de los Cultos, Bigot de Préameneu, se dirigió á cada obispo en particular, para disponerlo convenientemente, por medio de promesas, de halagos, de amenazas ó de reprensiones. Llegó, en efecto, á obtener de la mayor parte de ellos la firma del proyectado decreto; aunque muchos no suscribieron sino condicionalmente, y catorce de los mas animosos se negaron absolutamente á ello. Acabadas todas estas maniobras, se convocó á los Obispos para una sesion general (5 de agosto), en la que se leyó y fue adoptado un decreto basado en las condiciones de Savona. Una diputacion de cardenales y obispos, que se habian comprometido en París á secundar las miras del Gobierno, fué á ver al Santo Padre y le arrancó, al fin, un breve (20 de setiembre) por el que aprobaba el decreto del concilio, con la condicion, empero, de que al dar el metropolitano la institucion canónica, debería conferirla siempre en nombre del Papa, y estaria obligado á transmitir á este todos los documentos auténticos. Se obtuvo del Papa al mismo tiempo la expedicion de las bulas de institucion para muchos obispos. Estos resultados, llamados entonces felices, fueron transmitidos á París por el telégrafo; mas Napoleon no participó de la alegría de los prelados. Devolvió el breve y no quiso hacer uso de las bulas de institucion, con gran sentimiento del abate de Pradt que, cuando se expidieron, había tenido buen cuidado de no olvidarse de su arzobispado de Malinas. Cuatro individuos de la diputacion episcopal recibieron en Turin orden de volver á Sa-

¹ Pacca, t. III, p. 52 sig.

vona, para decidir al Papa á acceder á las peticiones del Emperador; pero Pio VII se negó á ello con una constancia invencible, aun despues que el prefecto de Montenotte le hubo declarado, en nombre de Napoleon, que, no habiendo obtenido el breve del 20 de setiembre la sancion imperial, el Emperador consideraba el Concordato como revocado, y que el Papa no podría ya en adelante intervenir en la institucion canónica. Los obispos reunidos en París fueron, sin mas cumplimiento, despedidos por el ministro de Cultos (20 de octubre); y aquel concilio, inaugurado con tanta pompa y tanto ruido, acabó súbitamente, sin que ningun acto religioso ó solemne acompañara su conclusion.

Despues de muchos meses de penosa expectativa, fue obligado de repente el Santo Padre (9 de junio de 1812) á prepararse para ir á Francia, exigiéndole que dejara sus vestidos pontificios, á fin de emprender el viaje bajo el mas riguroso incógnito. Despues de un largo y penoso camino, durante las mas calorosas horas del dia, llegaron, en fin, á la hospedería de los Cistercienses, en el monte Cenis. El piadoso anciano cayó en él tan gravemente enfermo, que los oficiales que lo escoltaban mandaron á pedir á Turin nuevas instrucciones. Se les contestó que siguieran cumpliendo con las que tenian; y el Papa, á pesar de haber recibido aquella misma mañana los últimos Sacramentos (14 de junio), se vió obligado á ponerse otra vez en camino durante la noche, y á seguir sin descanso hasta Fontainebleau (20 de junio), á donde llegó en un estado tan alarmante¹, que tuvo que guardar cama por espacio de muchos meses. Los cardenales encarnados y algunos obispos bien mirados en la corte del Emperador consiguieron permiso para visitar al Santo Padre, esforzándose en intimidarlo con la pintura del triste estado de la Iglesia, los peligros de un cisma interminable y las intrigas urdidas por las sectas filosóficas, y procurando conmoverlo por medio del cuadro del duro cautiverio en que gemian tantos cardenales y prelados. Entre tanto Napoleon habia vuelto de su desgraciada campaña de Rusia, y mostraba prisa por hacer con el Santo Padre una reconciliacion verdadera ó simulada; pues empezaba á comprender que el

¹ Pacca, loc. cit. t. III, p. 60 sig.

número de los católicos era mayor de lo que se creía; que sus querellas con el Papa y el indigno trato que le había dado le enajenaban las simpatías de una parte de sus súbditos, y que, además, los Soberanos extranjeros se estaban aprovechando de aquellas circunstancias para sublevar á los pueblos contra la dominación francesa. El día 1.º de enero del año 1813, Napoleon hizo cumplimentar al Papa por sus chambelanes, y mandó preguntar por su salud. Para corresponder á los cumplimientos del Emperador envió el Papa á París al cardenal Doria, con quien se convino reanudar las relaciones. Cuando los negociadores vieron que el Santo Padre se hallaba, no solamente ablandado, sino dispuesto á aceptar lo que se había ofrecido, quisieron dejar toda la gloria al Emperador, que se presentó inopinadamente en Fontainebleau con la Emperatriz, y permaneció por espacio de cinco días en conferencias con él. En un momento de arrebató, llevó el Emperador el desprecio y la irreverencia para con el Papa hasta el punto de echarle en cara que no estaba bastante versado en las materias eclesiásticas¹. En fin, las negociaciones terminaron por los desdichados *artículos preliminares* de un Concordato, firmados el día 25 de junio. Prometía el Papa dar, dentro de un término de seis meses, la institución canónica á los obispos nombrados por el Emperador, en cuyo defecto, el metropolitano, ó, si no lo había, el obispo mas antiguo de la provincia tendria derecho para concederla. En cambio se concedía al Papa el nombramiento de seis obispos en Francia ó en Italia. Debían restablecerse los seis obispados suburbicarios y ser del nombramiento del Pontífice. Debía restituirse lo que aun quedaba de la dotación, y tomarse medidas para recobrar los bienes ya vendidos. Los dominios de la Santa Sede, hasta entonces no enajenados, debían ser administrados por el mandatario del Papa; los que se habían vendido ya, serían reemplazados hasta formar una renta de dos millones de francos; en fin, los cardenales, obispos ó legos, que durante el curso de los sucesos habían caído en la desgracia del Emperador, debían volver á ser reintegrados en su gracia.

Al firmar Pio VII, en un momento de debilidad, estos artículos,

¹ *Pacca*, loc. cit. t. III, p. 66 sig. Nueva historia de la Iglesia crist. t. III, p. 593 sig.

se había reservado no promulgar el Concordato hasta después de haber discutido sus varios puntos en un consistorio secreto, conforme á las constituciones de la Iglesia. Pero Napoleon llamó á esos artículos preliminares *el Concordato de Fontainebleau*, y mandó que se promulgase en seguida en todo el Imperio, y se cantase el *Te Deum* en todas las iglesias¹. Después de haberse marchado el Emperador, cayó en seguida Pio en una profunda melancolía. El primero de los cardenales puestos en libertad y con quien pudo desahogarse, monseñor di Pietro, llamó su atención sobre las desastrosas consecuencias que tendria para la Iglesia un Concordato extendido sobre semejantes bases. Pacca y los demás cardenales que se iban presentando fueron de la misma opinión, y pidieron que Pio VII revocara, en una carta dirigida á Napoleon, aquellos artículos preliminares, declarándolos nulos y cómo no existentes. El cardenal Consalvi propuso al Papa este medio indicado por el Sacro Colegio, y el Santo Padre, obligado á reconocer que se le había conducido á cosas impracticables, dió su aprobación. Hubo necesidad de sostener una penosa lucha para decidir á Pio VII á redactar él mismo el proyecto de esta carta para siempre memorable, y á escribirla de su propio puño al Emperador²; y la envió al coronel Lagorse para que se la transmitiese inmediatamente (24 de marzo). Se dió copia de la carta á todos los cardenales que se hallaban presentes. Desde que supo Napoleon que el Papa, después de su conversacion con monseñor di Pietro, se mostraba decidido á revocar los artículos preliminares, promulgó á toda prisa el Concordato como ley del Estado, y en el momento que recibió la carta del Santo Padre, dió un decreto que declaraba el Concordato obligatorio para todos los Arzobispos, Obispos y Cabildos del Imperio. El cardenal di Pietro fue preso y conducido á Auxonne, después de habersele privado de las insignias de su dignidad (13 de abril). Se encargó á los cardenales Consalvi y Pacca, por medio del coronel Lagorse, que dijeran al Papa, que el motivo de la pena que se había

¹ Segun *Mad. de Staël* (Consideraciones sobre los principales sucesos de la revolución francesa, t. II, p. 275), Napoleon dijo entonces á Cabanis, hablando del Concordato: «¿Sabeis lo que es el Concordato que acabo de firmar? *La vacuna de la Religión*: dentro de cincuenta años *no la habrá ya* en Francia.»

² *Pacca*, t. III, p. 83-90, y p. 91-107.

impuesto á monseñor di Pietro era su evidente hostilidad contra el Estado.

Ignorando algunos cardenales los grandes acontecimientos políticos que se estaban preparando á la sazón, iban ellos mismos elaborando una bula relativa á la futura organizacion del conclave¹. Pero despues del fatal año de 1813 sintió el Emperador mas que nunca la necesidad de poner término á sus deplorables disidencias con la Santa Sede. Ofreció, pues, al Papa que se volviera á Roma, restituyéndole todo lo que el último decreto imperial habia dejado subsistir de los Estados pontificios. Pio VII se negó² á volver á tomar el patrimonio de san Pedro, á menos que se le restituyera en toda su integridad (21 de enero de 1814). En seguida recibió orden de marchar. Antes de emprender el viaje dirigió una tierna alocucion á los cardenales, dejando sus instrucciones á Mattei, decano de ellos³. Ningun cardenal pudo acompañar al Santo Padre, que atravesó la Francia en medio de los mas afectuosos testimonios de respeto, y volvió á entrar en Savona el dia 11 de febrero. Despues fueron partiendo sucesivamente todos los cardenales, acompañados de un oficial de la gendarmería, y fueron dispersados por diferentes ciudades del Imperio. Toda la Italia se habia perdido, y la mitad de la Francia estaba ocupada por el enemigo. Napoleon devolvió al Papa los departamentos de Roma y de Trasimena (10 de marzo) y envió á Savona la orden de ponerlo en libertad. El Santo Padre llegó el 25 de marzo á las orillas del Tarno, donde fue entregado á las potencias aliadas contra la Francia. El 31 de marzo, dia de la entrada de los aliados en París, llegó Pio VII á Bolonia. Todos los que habian sido presos por la causa de la Religion fueron desde luego puestos en libertad. Consalvi felicitó en Cesena al Santo Padre⁴, que le dió una nueva prueba de su confianza nombrándolo

¹ *Pacca*, t. III, p. 107.

² *Ibid.* p. 133. Durante las negociaciones pronunció el Papa las siguientes palabras: «Es posible que mis pecados me hagan indigno de volver á ver Roma; pero estad seguros de que mis sucesores recobrarán todos los Estados que les pertenecen.»

³ *Pacca*, t. III, p. 137-39. Nueva hist. de la Igl. crist. lib. III, p. 623 sig.

⁴ *Cenni*, Vida del cardenal Consalvi. Venecia, 1824.

por segunda vez secretario de Estado. En fin, el 24 de marzo de 1814, Pio VII, probado por medio de tan crueles adversidades, entró en Roma en medio de las fiestas mas solemnes y de las alegres aclamaciones de su pueblo. El año siguiente, el Congreso de Viena le devolvió las marcas y legaciones que el tratado de Tolentino le habia hecho perder.

§ CCCXCI.

Males de la Iglesia en Alemania, Italia y España.

Cuando empezaba á despuntar sobre la Iglesia de Francia la aurora de un nuevo porvenir, se estaba desencadenando contra la de Alemania una violenta tempestad. Los hombres de Estado que se hallaban al frente de la reorganizacion política de este país no se proponian mas que compensar con usura, á expensas de los Estados de Alemania, las pérdidas que los Príncipes hereditarios habian sufrido. Así fue que, despues del tratado de paz de Luneville (1801) y la resolucion de la diputacion del Imperio (1803), se decidió que los principados eclesiásticos y las posesiones de la Iglesia se abandonarían á la Francia, ó serian secularizados para indemnizar á los Príncipes que, á causa de la cesion de la orilla derecha del Rhin, habian sufrido pérdidas territoriales¹. En vano se alegó que los derechos de los Estados eclesiásticos, de los cabildos y de las abadías, no eran menos sagrados que los de los Estados láicos, y que los sacrificios necesarios para indemnizar á estos últimos debian, en justicia, conllevarlos igualmente todos los Estados del Imperio. No se hizo caso, y se pasó adelante. Solo el primer canceller Carlos Dalberg supo conservar su eminente posicion eclesiástica, haciendo transferir sus derechos metropolitanos de Maguncia á Ratisbona, erigida en principado á favor suyo (Aschaffembourg, Ratisbona y Wetzlar), y extender su jurisdiccion espiritual, como primado de Alemania, á la parte de las antiguas provincias eclesiásticas de

¹ Véase Nueva hist. de la Igl. crist. lib. II, p. 205-22; lib. III, p. 368. *Robiano*, t. III, p. 58 sig. Acerca de las dietas anteriores, véase tambien *Pacca*, Memoria sobre su permanencia en Alemania desde 1786 á 1794.